

## NUESTRAS PUBLICACIONES

---

La aparición de "Investigaciones pedagógicas" del Dr. Saúl Alejandro Taborda, ha motivado la interesantísima carta del Dr. Alejandro Korn que transcribimos:

"La Plata, 31 de Marzo de 1931.

Señor Saúl A. Taborda

Unquillo — Córdoba.

Estimado amigo:

Si acaso Vd., mi querido Taborda, se imagina que la lectura de su "Investigaciones pedagógicas" es un esparcimiento ameno, muy a mi pesar debo desvanecer tan infundada ilusión. Se trata de una pieza seria, realmente seria. Pero la amistad impone deberes ineludibles. Y ahora me siento satisfecho de haber cumplido con el mío. Al fin, acabo de pasar por percances más gordos, como ser la fenomenología de Husserl, la psicopatología de Scheler, la esenciología de Heidegger. Comparado con estas eclosiones del ingenio germánico, su libro es un edén.

El aire serrano de Unquillo, la bienquerida, lo tonifica; algún arroyuelo insidioso templá la aridez; la silueta lejana de las cumbres obliga a levantar la visión. Luego por ahí asoma el genius loci, el duende familiar del terruño. La disciplina severa del estudio, el amor a la controversia casuista, un dejo de rigidez dogmática, sustentan la densa trama de la obra.

Pero estas circunstancias son accidentales; pongámoslas en paréntesis. Lo esencial es la personalidad del autor. Quién se aparta entre nosotros de la línea del menor esfuerzo? Elegir, consciente de su trascendencia, un problema tan grave, con el propósito de darle su pleno desarrollo en una concepción orgánica, ya es indicio de

intrepidez. Lo es mucho más aún haberse adiestrado hasta poner las fuerzas a la altura del arriesgado intento. Una labor de años se refleja en la riqueza de la información y en la madurez del pensamiento. Con la ecuanimidad del juicio, concuerda la preocupación constante de no descuidar los diversos aspectos del asunto. El mismo hábito de no silenciar opiniones adversas es ejemplo de probidad intelectual. Y no es el menor mérito, la cuidada ausencia de toda declamación de todas las enfáticas vacuidades de nuestros normalistas.

Con estos elementos parece ya posible apreciar la obra en su doctrina. Olvidaríamos, empero, un factor importante: recordemos también al lector. La suerte de un libro depende también de las manos en que cae, del ambiente que le acoge. Cuán pocos prestan a una obra seria, una atención seria. El peor de los lectores es el indiferente, incapaz de sacudir su pereza mental. No es menos pernicioso el otro, dispuesto a pontificar con fácil suficiencia sobre el fruto de una consagración abnegada. Pero no quiero hablar mal del lector en general; voy a limitar mi maledicencia al caso.

Desprovisto de todo talento especulativo, carezco, Ud. lo sabe, del don de la abstracción. Soy un visual exagerado. Sólo concibo lo concreto y eso en sentido, un tanto pedestre. Un metro 0.76 no más, se levanta mi cabeza sobre el ras de la tierra. Y al decir tierra, no me refero al planeta; me refero a ésta, nuestra circunscripta tierra argentina. En cambio Ud., al explayar su tema, lo hace con prescindencia de las contingencias de tiempo y de lugar. Parece afirmar un concepto universal abstraído a todas las relatividades. Imagine pues el efecto de su disquisición en mentalidad tan distinta. No desconozco, Ud. me hará la justicia de creerlo, el valor de las ideas. Lo que ocurre es que únicamente las concibo como inmanentes a la áspera eficiencia de las cosas. La perfección de los arquetipos me tiene sin cuidado. De ahí una incongruencia desastrosa. Mientras Ud. desuelve su teoría abstracta destinada a la salvación pedagógica de la Humanidad, yo evoco la imagen de una miserable escuela allá en Chinchigasta. Veo a la pobre maestra encargada de desasnar el hato de mocosos; recuerdo que se le deben diez meses de sus haberes y que el cacique del lugar la ha tomado entreojos. Como para seguir el vuelo del alto debate pedagógico o como para creer en la panacea de los grandes actos legislativos! Lo

que me separa de Ud. no es una discrepancia, es una incomprensión. Es la afirmación de una posición filosófica radicalmente distinta. Planteo el problema en otro plano. El plano en que Ud. se mueve con tanta holgura es superior. No es el mío.

Para que esta definición de posiciones opuestas no degenera también en una abstracción, Ud. me permitirá citar algunos ejemplos de nuestra amistosa e irremediable divergencia. Suscita la lectura de su libro toda una gama de impresiones: La concordancia espontánea, la adhesión obligada, el disentimiento respetuoso, la protesta airada. Pero paso por alto los numerosos pasajes que estimo como aciertos. No abrigo la intención de halagarle el amor propio. No quiero tampoco ser extenso. Por referirse a puntos fundamentales, transcribo adrede las notas marginales menos deferentes.

*Pág. 27.* “El reconocimiento de que los estudios obedecen al orden íntimo del proceso formativo entraña la afirmación de una actividad específicamente pedagógica, gobernada por leyes propias e inconfundibles”. Leyes pedagógicas: Empleadas en un sentido que probablemente no ha querido darles el autor, cuánto mal harán estas palabras. Hace cincuenta años que oigo hablar de leyes psicológicas, sociológicas, históricas. Jamás he logrado conocer una de estas leyes, si es que “Ley” ha de tener un significado estricto como lo tiene en las ciencias físico - matemáticas. Y mucho importa cuidar la propiedad de los términos. Ahora, si “Ley” expresa lo mismo una relación que se cumple o que no se cumple, entonces es un vocablo hueco, pero peligroso por lo sugestivo. Sorprende tropezar con esta reminiscencia del Positivismo, con este resabio del determinismo cientificista. Es tiempo de distinguir la esfera de la actividad física, sujeta a la categoría de la causalidad y la esfera de la actividad autónoma, enderezada a una finalidad. Tan luego la técnica destinada a desarrollar la plenitud de la personalidad humana había de empezar por negarla. Sería este un conato de mecanización de la enseñanza. No es este el propósito del autor; convenido. Pero ya oigo a todos los normalistas proclamar a boca llena las leyes eternas e inmutables de la Pedagogía. De paso creerán que el arte pragmático de enseñar es una ciencia.

*Pág. 33.* “La situación argentina es de una posibilidad virginal ofrecida a la historia”. A juicio del autor no tenemos tradi-

ción pedagógica. A mi juicio la tenemos muy arraigada. No estamos en presencia de una tábula rasa. Nuestra evolución histórica no carece de contenido ideológico. Y las ideas directrices de cada época, desde las fundaciones de los jesuitas hasta la fecha, han debido reflejarse en la enseñanza. Alberdi no ha vivido en vano; Sarmiento no es un mito. En la Escuela del Paraná nació una dirección pedagógica bien definida que, al través de los colegios normales, se difundió sin oposición seria. Respondía a una orientación de cepa nacional; asumió un carácter utilitario, positivista, determinista y pragmático. Que esta creación del positivismo autóctono, ribeteada con alguna fruslería comteana o spenceriana, no le agrada al autor y a mí me parece arcaica — en buena hora. Que es preciso superarla — sin duda. Pero es una falta de visión histórica, es ingenuo negar su existencia. Los obstáculos no desaparecen porque cerremos los ojos. No desaparecerán tampoco por un decreto superior. Es necesario que sobrevenga nada menos que un vuelco en el alma nacional.

*Pág. 34.* “Un proyecto de reforma general de los estudios debe referirse necesariamente a la concepción de la Escuela única. Aunque esta afirmación parece dogmática es inevitable”. Esta Escuela única el autor la concibe un tipo uniforme y obligatorio para todo el país. Su plan ha de ser rígido hasta donde alcance la adolescencia.

El idea de una uniformidad típica es un rasgo característico de la mentalidad latina. Fluye de la posición racionalista e implica fé en el valor infalible de las construcciones lógicas. Los pueblos anglosajones y germánicos no padecen de semejante superstición. La complejidad dentro de la unidad no les repugna.

A mí me horroriza la idea de un molde nacional único e implacable, impuesto por el criterio de la oligarquía que casualmente nos gobierna. Semeja esta Pedagogía a un esperpento pavoroso que de las manos de la partera arrebatada al niño, le aplica sin piedad su cartabón, lo arrastra por el jardín de infantes, la escuela elemental, la escuela media, el colegio nacional, el colegio profesional, la universidad y no lo suelta hasta haber extinguido todo carácter personal. Acaso Procusto fué el primer pedagogo?

Convenzo en la necesidad de unificar la enseñanza. Pero la

escuela unificada y la única son dos cosas muy distintas, aunque así no piense el autor. Evitemos, dice Otto Boelitz, el gran Ministro de Instrucción Pública de Prusia, evitemos falsear el espíritu de la escuela unificada considerándola un tipo escolar rígido. La mayor diversidad cabe dentro de la más absoluta unidad.

Este ministro solamente se propuso resolver el problema concreto que como pedagogo y hombre de estado se le ofreció. Así también dentro de la actualidad concreta tendremos que resolver el problema casero, sin subordinarlo al concepto de una coacción, sino al más argentino de todos los conceptos, al de la libertad.

Disculpe, estimado amigo, si estas observaciones han resultado demasiado agresivas. Quizás medie un malentendido. En todo caso no disminuyen en un ápice el valor de su libro. Deseo que lo complemente cuanto antes con la parte aún inédita, deseo sobre todo que encuentre en nuestro reducido mundo intelectual el debido aprecio. Este asunto tan pasionante, Ud. ha sabido tratarlo con altura y reposo. A no juzgarlo así, le hubiera acusado recibo con cuatro frases banales. *De minimis non curat praetor*. Lo digo en latín porque en criollo sería petulante.

Le envió el más afectuoso de los saludos.”

ALEJANDRO KORN.